

postas cortando las piernas á los caballos de que se servia ⁽⁴⁾, y de este modo llegó á incorporarse con su padre, el cual murió luego en Yorck; las legiones, haciendo el último ensayo de su poder, aclamaron á Constantino emperador, en nombre de las virtudes de su padre (306).

Muchas guerras tuvo que sostener todavía Constantino antes de sentarse tranquilo en el trono de Occidente, ya contra Maximiano, que arrepentido de su abdicacion, quiso vestirse otra vez la púrpura, ya contra Galerio, ya contra Maxencio y Licinio. Por este tiempo se celebró en España el concilio de Iliberis. La Iglesia y el mundo van á recibir una trasformacion bajo el imperio de Constantino.

(4) Zosim. lib. II.

CAPITULO IV.

EL CRISTIANISMO.

Pintura de las costumbres del imperio romano.—Corrupcion y disolucion moral.—En los emperadores: en el pueblo: en los hombres de letras.—Causas que la producian.—Politeismo.—Constitucion orgánica del imperio. Tirania: esclavitud: condicion miserable y abyecta del pueblo.—Vicios de la legislacion.—Derechos tiránicos de los padres.—Prostitucion del matrimonio: facilidad de los divorcios: leyes sobre el celibatismo: esclavitud de las mugeres: falta de vínculos de familia: esposicion de los hijos.—Escandaloso lujo y vida licenciosa de los ricos: egoismo universal: estrago y desenfreno de costumbres.—Filosofía epicúrea: filosofía estóica.—Necesidad de una revolucion social en el mundo.—La trae el cristianismo.—Filosofía cristiana.—El cristianismo considerado como principio moralizador y como principio civilizador.—Su doctrina: su nacimiento y progresos.—Costumbres de los primeros cristianos.—Persecuciones: martirios: edad heroica del cristianismo.—Cómo fué ganando al pueblo.—Cómo á las clases elevadas de la sociedad.—Filósofos cristianos: apologistas.—El cristianismo en España.—Mártires españoles.—Zaragoza.—Osio.—Situacion religiosa del mundo al comenzar el cuarto siglo.

Estaba elaborándose lentamente en el imperio romano una revolucion social, la mayor que han presenciado los siglos, y la mayor tambien que se verá hasta la consumacion de los tiempos. Todos los sucesos que hasta ahora llevamos referidos carecen de importancia al lado del grande acontecimiento que se estaba preparando. La sociedad antigua iba á disol-

verse, el mundo iba á sufrir una trasformacion física y moral, y la gran familia humana iba á ser regenerada en su religion, en su gobierno, en su legislacion, en su moral y en sus costumbres. Los elementos existian ya, pero iban obrando paulatinamente como todo lo que está destinado á producir cambios y revoluciones que han de durar largas edades. Menester es que conozcamos las causas que fueron preparando esta gran metamórfosis social, para que podamos apreciar despues debidamente sus efectos.

Por el imperfecto cuadro que hasta ahora hemos delineado se ha podido ver á qué grado de corrupcion, de inmoralidad, de desenfreno habian llegado las costumbres en el imperio romano, y el imperio romano era entonces el mundo. Aunque la disolucion y los vicios tenian ya gangrenada la sociedad romana en los últimos tiempos de la república, veíanse todavía algunos ejemplos, sino de virtudes morales, por lo menos de virtudes cívicas, de las virtudes propias de un resto de energía nacional, de un resto de amor á la libertad. Bruto y Casio fueron llamados los últimos romanos. La voz de Ciceron dejó de oirse, y no hubo quien la reemplazara, porque la elocuencia enmudece con la tiranía. Mientras la república estuvo ocupada en conquistar, la necesidad del heroismo produjo todavía algunas virtudes: cuando los hombres dejaron de pensar en guerras, pensaron en deleites y en cortesanas. Cuando Augusto dió la paz al mundo

avasallado, no pudo hacer sino llamar en su auxilio las musas para que eucubrieran con sus laureles la tiranía y la relajacion. Aunque de buena fé quisiera Augusto corregir las costumbres, era ya impotente para ello, porque el corazon de la sociedad estaba corrompido, y lo estaba por la misma organizacion social.

Asi desde Augusto que aparentó querer contener la inmoralidad, corre despues y se precipita desbocada y sin freno, ayudada de la tiranía desenmascarada, que era lo único que le habia faltado. Desde entonces no se ve sino una depravacion profunda en todos los miembros de la sociedad: el vicio y la impiedad, la ferocidad y la adulacion, la crápula y la sensualidad, erigidas en sistema. Emperadores malvados disponian de un pueblo corrompido, y soldados licenciosos se daban emperadores tan desenfrenados como ellos. Plebe y soldados nombraban, aplaudian, divinizaban al que esperaban les hiciese mas distribuciones de trigo ó de dinero con que matar el hambre, y que les diese mas espectáculos con que divertirse: cuando las distribuciones y los juegos se acababan, asesinaban á aquel y aclamaban á otro. Asi el pueblo lloraba como una desgracia la muerte de Calígula, de Neron, de Cómodo, de Caracalla y de Eliogábalo, porque habian sido los mas pródigos para él. «El pueblo, dice elocuentemente un escritor español (1), el pueblo

(1) Malgorza y Azanza, Discurso sobre el comercio de los romanos, Tomo II.

»siempre mendigo y siempre seguro, decia al tirano:
 »tenga yo dinero, y tú confisca: tenga yo trigo, y tú
 »mata: tenga yo espectáculos, y tú harás cuanto te
 »agrade:» con que entre el pueblo y el mal príncipe
 »habia una tácita convencion, mediante la cual el
 »déspota daba el trigo y el pueblo los aplausos.....
 »Cuando los tiranos salian de sus palacios, y oian las
 »salutaciones y agradecimientos del pueblo, imagi-
 »nábanse que todo el imperio se hallaba en el mas
 »florecente estado, y tenian las interesadas y com-
 »pradas aclamaciones de la canalla bien alimentada
 »por indicios de la pública felicidad.—¿Hacíase, dice
 »en otra parte, una carnicería de los ricos? Pan al
 »pueblo, y mas que todos los ricos se matasen. ¿Su-
 »bia un emperador á la escena, ó descendia al palen-
 »que con los gladiadores? Pan al pueblo, y en el se-
 »nado y en el circo resonaban aplausos al emperador
 »comediante, citarista ó cochero. ¿Volvia el príncipe
 »de la guerra sin haber visto al enemigo, ó despues
 »de haber hecho una paz vergonzosa? Pan y dinero
 »al pueblo, y el príncipe quedaba hecho padre de la
 »patria, y entraba victorioso en Roma entre las acla-
 »maciones y bajo los arcos de triunfo. ¿Moria una
 »cortesana, una vil prostituta, esposa del emperador
 »y muger de todos los hombres? Pan y dinero y acei-
 »te al pueblo, y la casta consorte del tálamo nupcial
 »era hecha una diosa, se derramaban lágrimas sobre
 »su tumba, y sus estátuas se adornaban de flores.»

Asi los príncipes apresuraban la corrupcion del pueblo, y el pueblo ayudaba á la corrupcion de los príncipes.

¿Pero era solo el pueblo ignorante y estúpido el que asi adulaba á sus tiranos? ¿No hacian lo mismo los hombres de letras, los sábios y filósofos? Valerio Máximo dedica su obra al infame Tiberio, y en el prefacio se dirige á él diciéndole: *A vos, á quien los dioses y los hombres de concierto han dado el gobierno del mundo; á vos de quien pende la salud de la patria, pues que vuestra divina sabiduría alienta con tanta bondad las virtudes que hacen el objeto de esta obra y castiga con severidad los vicios contrarios; á vos, César, es á quien invoco para el éxito de mi empresa.*— El mismo Séneca, el preceptor de Neron, el que mejor escribia de moral y de virtud, pero que á favor de sus usuras habia amontonado en cuatro años trescientos millones de sextercios ⁽¹⁾; el que por impedir á su depravado discípulo que fuese incestuoso le inclinaba á ser adúltero; el mismo Séneca, ¿no le decia á Neron que *«podia vanagloriarse de un mérito que ningun otro emperador tenia, la inocencia; y que hacia olvidar los tiempos de Augusto?»* ⁽²⁾

Jamás, ni en tiempo ni en parte alguna se vió la humanidad agobiada bajo el peso de tantos vicios y de tantos crímenes. Es un cuadro que asombra y es-

(1) Tacit. Ann. lib XIII.

(2) Sen. De Clementia.

panta. ¿De dónde provenia tanto desórden? ¿Qué causas habian producido aquel refinamiento de disolucion y de maldad? La religion y el culto, la organizacion política, el gobierno, las leyes, las doctrinas filosóficas, todo contribuia á fomentar la corrupcion intelectual y moral del pueblo romano.

Los hombres del mundo antiguo, no habiendo alcanzado el conocimiento de la verdadera divinidad, se fabricaron dioses con las mismas pasiones y con los mismos defectos que ellos; y si al principio les tuvieron respeto, fueron perdiéndosele despues. Habia dioses para todas las virtudes, pero habia tambien dioses para todos los vicios, y los hombres encontraban mas fácil asemejárselos en estos que imitarlos en aquellas. «*Si Júpiter trasformándose en lluvia de oro, decia Terencio en una de sus comedias (1), seduce las mugeres, ¿por qué yo, siendo un miserable mortal, no he de poder hacer otro tanto?*» Y como si el politeismo de Roma no fuera bastante, como si el catálogo de los dioses romanos necesitara ser aumentado para autorizar todos los crímenes, llevaron los de Egipto y Grecia para que los ayudaran á proteger y santificar los vicios. Si en el templo de la Venus de Babilonia se prostituian públicamente las mugeres, si en el de Corinto se consagraban mas de mil meretrices á la madre de los amores, ¿por qué en Roma habia de

(1) Eun. Act. III.

haber vestales? Nadie queria ya serlo, y no se encontraba quien mantuviera el fuego sagrado. Pero en cambio las madres llevaban á sus hijas á las fiestas Lupercales, asistian con ellas á las danzas impúdicas de Flora, y las acompañaban al teatro á ver representar con demasiada realidad los amores lascivos de Pasifae. En cambio las doncellas llevaban priapos colgados al cuello, y las cortesanas ostentaban su desnudez en los combates de los gladiadores, y exigian que éstos escogieran para morir las posturas mas lúbricas. Asi se formaron aquellas Mesalinas, aquellas Lépidas, y aquellas Julias, cuyas obscenidades y cuyos delitos dejamos á los poetas de aquel tiempo que los celebren.

No eran solos el sensualismo y la lascivia los que contaban con protectores en el Olimpo, ni solos los altares de Venus, de Adonis y de Priapo los que tenían adoradores. A ningun vicio le faltaba su divinidad, incluso el homicidio y el robo. Hasta la hipocresía era pedida á los dioses como una virtud. «*Hermosa Laverna, decia Horacio (1), enséñame el arte de engañar, y concédeme parecer justo y santo.*» Los templos de la Piedad, de la Castidad, de la Concordia, de la Virtud y del Honor, estaban ú olvidados ó desiertos; los votos y las ofrendas se colgaban en el de *Júpiter Prædator*, para que les fuese propicio en

(1) Epist. XVI. l. I.

sus latrocinios. No estrañamos que Ciceron y los hombres ilustrados de su tiempo se burláran ya públicamente de aquellas divinidades, avergonzados de lo absurdo del politeismo, pero no encontraban un dios que pudiera estar libre de caer en aquel descrédito. No se halló, como veremos luego, otra cosa que oponer al desautorizado paganismo, que una filosofía ineficaz.

Si la idolatría favorecía la corrupcion, no la fomentaba menos la organizacion política del Estado. El imperio romano era un gigante que tenia abrazada la mitad del mundo con un círculo de hierro. Nunca se había estendido tan lejos la opresion de la familia humana, nunca se llevó tan adelante el desprecio de la humanidad, y nunca se vieron tantas miserias, egoismo tan universal, relajacion tan absoluta de los vínculos sociales. «El despotismo de los emperadores, dice un ilustre escritor, parece haber sido permitido para dar al mundo un ejemplo de los excesos á que la embriaguez del poder absoluto puede conducir á los hombres.» ¿Necesitaremos recordar la execrable depravacion de ese catálogo de mónstruos imperiales que tuvieron encadenado el mundo, que mataban á sus semejantes por recreo, que amaestaban á las fieras en el arte de devorar hombres, que gozaban en los espectáculos viendo la presteza con que los leones engullian esclavos, ó prisioneros, ó mugeres, ó conspiradores denunciados, y que se saboreaban en las

mesas con las lampréas cebadas en sus estanques con carne humana? Lo que parece sorprender mas es que hubiera un pueblo tan sumiso que tolerára tan abominables mónstruos y tan horribles monstruosidades. Pero armados ellos con la terrible ley que establecía el delito de lesa magestad, autorizando y premiando los delatores, provistos de numeroso espionage á que se prestaba grandemente un pueblo de mucho tiempo atrás corrompido, ellos podían deshacerse fácilmente de todo ciudadano que pudiera hacerles sombra, ó cuyos bienes codiciáran, y los especuladores y traficantes en delaciones les surtian abundantemente de víctimas, y á trueque de ganar un premio, importábales poco llevar familias enteras á los suplicios ó ejecutar por sí mismos cuantos asesinatos les fuesen ordenados.

Por otra parte, ¿qué sentimiento de dignidad, qué pensamientos nobles podía haber en la inmensa mayoría del pueblo romano, pobre, abyecta, deprimida, degradada por la ley, no habituada al trabajo, despojada de toda garantía social y acostumbrada á vivir de limosnas que á título de distribuciones le daban los príncipes, ó á merced de un pequeño número de ricos á quienes tenia que adular y servir. Porque, ¿qué era el imperio romano? Una agregacion de ciento veinte millones de pobres ó de esclavos, al servicio de diez millares escasos de opulentos. Porque allí no existía esa clase intermedia, que es el alma de

las sociedades, esa clase de libres cultivadores, y de talentos independientes, esa que hoy denominamos clase media, donde suele residir la ilustración y la virtud. No había más que un número inmenso de miserables que se morían de hambre, al lado de unos pocos que nadaban en la opulencia y en el lujo, que gastaban en un banquete lo que hubiera bastado para alimentar en un mes una provincia entera ⁽¹⁾, y cuyos criados se contaban por millares ⁽²⁾. Plinio menciona un ciudadano, que después de lamentarse de las pérdidas que había sufrido durante las guerras civiles, dejó al morir cuatro mil ciento diez y seis esclavos, tres mil seiscientos pares de bueyes, doscientas cincuenta mil cabezas de ganado, y sesenta millones de sextercios sin contar las tierras ⁽³⁾. Patricios había que poseían más vasallos que súbditos algunos monarcas.

La esclavitud, base y vicio radical de las antiguas sociedades, estaba prescripta en Roma por las leyes. El imperio estaba poblado de esclavos, que no eran mirados como hombres. La ley los consideraba como *cosa*, como propiedad de sus señores ellos y sus hijos. La más ligera falta, el más leve descuido en el servi-

(1) Lucio Vero, el colega de Marco Aurelio, gastó en una noche con solo doce convidados la enorme suma de seis millones de sextercios. Fué memorable aquella cena en los fastos de la gastronomía. Jul. Capit. in Vero, cap. V.

(2) *Familiarum numerum et*

nationes los llama Tácito. Annal. lib. XI.—Plinio dice que era necesario un *nomenclator* para conocerlos y llamarlos: y Ateneo, que había quien poseía quince ó veinte mil. Dignos., l. VI.

(3) Citado por Cantú, Hist. Universal, Epoca VI., cap. V.

cio doméstico, autorizaba al señor para arrojarle al vivero de los peces. Podía matarle, ó venderle, ó echarle á las fieras, y los enfermos eran despedidos y abandonados como muebles inútiles. La más remota sospecha bastaba para entregarlos á la tortura; y la legislación prescribía los tormentos, las planchas de hierro candente, los garfios para despedazar las carnes, los potros en que se estiraban los miembros hasta descoyuntar los huesos. Un pueblo en que el homicidio se había convertido en espectáculo de placer, un pueblo á quien se divertía con juegos y fiestas que duraban ciento veinte y tres días, en cuyo espacio morían en la arena diez mil gladiadores, ¿podía tener sentimientos generosos y humanitarios?

• Ejercíase una tiranía legal hasta en el hogar doméstico. Los derechos del padre sobre los hijos eran los derechos de un tirano, y las mugeres, esa preciosa mitad del género humano eran miradas por los romanos como esclavas. Pobres y ricos rehuían el matrimonio, los unos por la falta de medios con que sustentar la familia, los otros por preferencia á las caricias fácilmente compradas en un celibatismo licencioso. Hubo necesidad de establecer leyes penales contra los célibes, pero la unión á que muchos se sujetaron por no incurrir en las penas de la ley Pappia-Poppea vino á hacer del matrimonio una vergonzosa prostitución. Habiendo caído en desprecio, se facilitaron los divorcios, y llegó á hacerse legal el adul-

terio. Juvenal nos habla de una muger que llevaba ocho maridos en cinco otoños, y San Gerónimo testifica haber visto en Roma á uno que enterraba á su vigésima prima esposa, la cual á su vez habia tenido veinte y dos maridos. Júzguese cuál deberia ser la educacion de los hijos: sirviéndoles de estorbo y de carga, ó perecian antes de nacer, ó los dejaban abandonados, esponiéndolos en la via pública.

En ayuda de una religion y de una legislacion que asi autorizaban la tiranía y la esclavitud, y que asi conducian á la disolucion de costumbres, vino la filosofia de Epicuro, trasportada de Grecia, con sus doctrinas de egoismo material, de goces y de placeres sensuales, á poner el sello del refinamiento al egoismo y á la sensualidad romana. Abrazáronla emperadores y patricios, y entregáronse sin freno á todos los goces del lujo, de la lubricidad y de la crápula, llevando el fausto, la molicie y hasta la gula á un grado que nos cuesta hoy violencia creer, aun atestigüándolo unánimemente todas las historias romanas, y que dejaba atrás el lujo y la delicadeza tan ponderada de Asia.

El oro, la plata, el marfil, la concha, el ébano y el cedro, eran las materias comunes del ajuar de sus palacios. Calígula hizo guarnecer de perlas las proas de las galeras de cedro en que costeó las deliciosas playas de la Campania. Con perlas adornaba Neron los lechos de sus liviandades. Con perlas ataviaban

las nobles y ricas matronas su cabeza, su cuello, su pecho, sus brazos y hasta sus piernas. Lolia Paulina llevaba un aderezo que se valuaba en cuarenta millones de sextercios. La Arabia, la India, la Persia, el Africa, el Oriente, el Mediodía, el Norte, los mares, los golfos, las islas, los bosques y los campos de todas las regiones, no bastaban á surtir á los voluptuosos romanos de perfumes y aromas, de perlas, de piedras preciosas, de telas, de metales, y de maderas olorosas. Cada magnate sostenia una turba de perfumistas, bañistas, y otros ministros de la molicie y de la afeminacion: las ricas matronas, además de la multitud de mugeres que en su tocador empleaban, hacian gala de no presentarse en público sin un cortejo numeroso de eunucos, de galanteadores y rufianes, y de otros viles sérvidores de la prostitucion. De Neron, dice Plinio que hizo derramar en la pira de Popéa tal copia de bálsamos esquisitos, que toda la Arabia no podria producirla en un año. Y Adriano el filósofo, el que viajaba á pié y con la cabeza descubierta, regaló en una ocasion en honor de su suegra y de Trajano á todo el pueblo de Roma una cantidad prodigiosa de aromas preciosos, é hizo correr los bálsamos y los unguentos por el vestibulo y graderías del teatro.

Nada hay sin embargo que represente el desarreglo, el estrago, la locura á que habian llevado sus goces los voluptuosos y corrompidos emperadores de Roma, como la describeion que hace Lampridio de la

vida de Eliogábalo. «Alimentaba, dice, á los oficiales
 »de su palacio con entrañas de barbo de mar, con
 »sesos de faisanes y de tordos, con huevos de perdiz y
 »cabezas de papagayos. Daba á sus perros hígados de
 »ánades, á sus caballos uvas de Apemenes, á sus leo-
 »nes papagayos y faisanes. El comia carcañales de ca-
 »mello, crestas arrancadas á gallos vivos, lenguas de
 »pavos reales y de ruiseñores, guisantes mezclados
 »con granos de oro, lentejas con piedras de una sus-
 »tancia alterada por el rayo, habas guisadas con pe-
 »dazos de ámbar, y arroz mezclado con perlas..... Un
 »día ofreció á sus parásitos el ave fénix, y á falta de
 »ella mil libras de oro..... Eliogábalo (dice el mismo
 »historiador) nadaba en lagos y en albercas rociadas
 »de balsamos los mas exquisitos, y hacia derram-
 »mar el nardo á calderadas..... Llevaba un vestido de
 »seda bordado de perlas; nunca usaba dos veces el
 »mismo calzado, ni la misma sortija ni la misma tú-
 »nica: no conoció jamás dos veces una misma muger.
 »Los almohadones en que se acostaba llenábanse con
 »una especie de vello de pluma de las alas de las per-
 »dices. A un carro de oro embutido de piedras pre-
 »ciosas (porque despreciaba los de plata y de marfil),
 »uncía dos, tres, y cuatro mugeres hermosas con el
 »seno descubierto, y hacia que le arrastrasen en su
 »carroza. Algunas veces iba desnudo como su elegan-
 »te tiro, y rodaba por debajo de los pórticos sembra-
 »dos de lentejuelas de oro, como el sol conducido por

»las Horas (4).» No sabemos cuál irrita mas, si el re-
 finado lujo ó la estragada lujuria.

Tal depravacion de costumbres trajo tras sí el es-
 cepticismo, y la filosofía escéptica hizo alianza con la
 sensualidad epicúrea. Era consiguiente la increduli-
 dad, nacida en los pervertidos patricios de su misma
 relajacion, en la plebe de la imitacion y de la igno-
 rancia. El populacho se entregaba simultáneamente á
 los vicios de la supersticion y á los de la incredulidad.
 Los hombres ilustrados, los que al mismo tiempo eran
 almas fuertes y espíritus generosos, buscaron un asi-
 lo contra la corrupcion en las doctrinas de otra filoso-
 fía, en el estoicismo, «noble consuelo, dice un erudito
 escritor, para las almas solitarias, pero estéril para la
 sociedad.»

En efecto, ¿á qué conducia el estoicismo? ¿A qué
 guiaba? Al desprecio de la vida, al suicidio. Si no
 podeis soportar tanta disolucion, si os desesperan los
 males de la humanidad, les decia Séneca, *suicidaos*.
 La escuela estóica enseñaba á los individuos á des-
 prenderse de la vida con fria insensibilidad, con la
 impasibilidad del fatalismo; pero no hallaba medio
 de corregir los males que sentia la humanidad sino
 destruyéndola. Sabian los estóicos morir y no sabian
 vivir. Elogiábase mucho la serenidad de aquel ciuda-
 dano, que condenado á muerte por Calígula, y como

(4) Lamprid. Hist. Aug. in Vit. Heliog.